

y de la cultura intelectual, se estaba aún lejos de admitir un mejoramiento moral y social paralelo.

El primero que lo aseguró con una confianza segura y comunicativa fué el abate de Saint Pierre. Ni Montesquieu ni Voltaire estaban tan ciertos; Rousseau lo negaba con toda la vehemencia de su temperamento arrebatado. Abundaba en razones en el sentido de los antiguos: como para ellos, para él también la edad de oro estaba en el pasado; el primitivo, el noble salvaje inocente y bueno, representaba el tipo superior del hombre; la civilización lo había deteriorado; ella significaba la decadencia y la depravación. Su retórica apasionada pudo seducir a sus lectores, pero su doctrina no los convenció: su opinión no fué compartida por nadie.

Solamente en el siglo XIX la idea del progreso salió de la faz de la declamación y del razonamiento teórico y abstracto para tomar forma científica. Darwin trató de demostrar que en la naturaleza orgánica reina la ley del desarrollo constante hacia una más perfecta adaptación de los seres vi